

Girondeolo - Cita en el...

EN LA MASMEDULA, por Olga Orozco.

En el principio era el Verbo. Y el Verbo fue acción y creó el mundo. Las virtudes que emanan del poder de la palabra no se limitan a las que figuran en el Evangelio según San Juan. Entre los egipcios, Isis era la señora de los vocablos cuyas voces son magia. En "El libro de los muertos" se habla de las "palabras de poder" de las cuales debían servirse las almas de los desencarnados a lo largo del camino que conduce hasta Osiris, en el otro mundo. Las invocaciones que abren paso están inscriptas también en las tablillas funerarias pitagórico-órficas. El "Gran Hombre" secreto arroja su resplandor inexpresable sobre la Cábala. Y la búsqueda de la palabra perdida acompaña los ritos de los rosacruces y los francmasones.

El anhelo, la sed de cualquier distancia, convierte a los hombres en talismanes de posesión. La oración, el conjuro y la poesía son voces que nacen de la nostalgia de un mundo prometido, perdido o ausente. "La verdadera vida está en otra parte". En las tres hay un rechazo por la condición actual del hombre y del mundo, la esperanza de *actuar* por medio del poder de la palabra sobre un estado efímero, precario o miserable. Representan la fe en la eficacia del deseo hecho vocablo. La poesía de Oliverio Gironde es *actuante* como la plegaria, la maldición o la fórmula mágica, que suponen un raptó del momento en que se está hacia un momento eterno, donde se procede a una destrucción y a un nacimiento simultáneos. Su rechazo por esta prisión establecido no se disfraza para ninguna evasión con el traje del juez que sentencia de acuerdo con un código preestablecido, ni el del juglar que canta describiendo, ni el del sonámbulo que abre los ojos hacia otra parte,

ni el suplicante que proyecta una sombra de su queja. Oliverio Girondo asume su hábito de oficiante para la ceremonia de una nueva creación, porque su poesía, como toda gran poesía, crea descubriendo.

Desde "la masmédula", desde el fondo de cuanto toca y de cuanto lo toca, con el "pez-lampo" que se sumergen todos los trasfondos del sueño, con el "pezvelo" que no descansa debajo de la lengua, y con el "pezgrifo" que se ilumina dentro de la fuente, busca el poema. El resultado es esa combinación de iluminaciones, de palabras-talismán, de distintas fases de conciencia, que muestran el poema como una presencia integral, lejos de la anécdota, de los poemas y del relato discursivo del hombre. Las comunicaciones, las mezclas, los puentes que tiende desde su "masmédula", rompen las barreras de las limitaciones, las fronteras formales, las leyes de resistencia, y se apoderan de otra dimensión, de otro estado, de otro tiempo —el tiempo de lo fugaz perpetuo—, regidos por ese otro reglamento de la fiebre o de la lucidez extrema, bajo el cual la identidad y la autonomía vacilan, amenazados por el peligro de encontrar la gran clave, la gran cifra, el Gran Hombre. Un mundo cósmico, un mundo de erociones y miasmas, de subsuelos, de incubos, de larvas de sustancias, de ingredientes nocturnos, de fermentos, nace aullando, bullendo, ululando, rompiendo el huevo del universo. Es como un organismo que roza con sus alas membranosas o escarba con su pezuña la totalidad entremezclada del caos anterior de donde vino, del origen, del salto. Oliverio Girondo busca allí, entre las ascuas de la nada, la duda, la esperanza y aun entre la esperanza sin esperanza, atacado por todas las llagas, por todos los síntomas de una peste sagrada. Su poesía se alza como el grito de un ser total, a un paso de la revelación, a un paso de ser arrebatado, "sin estar ya consigo ni ser un otro otro".

Este momento de excepción, comparable al momento preciso de la huida del pez, de la aprehensión del sueño olvidado, de la culmi-

nación del acto de amor, del efecto límite de la droga o el alcohol, es el único triunfo único de cualquier gran poeta, es su mayor conquista en lo inasible. Algo no permite llegar más allá, algo no permite sobrepasar el objeto con que se actúa. Sobre lo apenas entrevisto las puertas se cierran en el silencio, la muerte o la locura.

Jules Monnerot en "La poesía moderna y lo sagrado" dice: "El poeta siente a la poesía desertar de sus poemas, como huye el agua de un recipiente cribado de agujeros. Si para evitar esa huida el poeta se dedica a erigir una forma rigurosa, esta forma lleva en su seno el enemigo que quiere combatir".

Oliverio Gironde ha conseguido retener la poesía dejándola libre. Sin metafísicas, sin sociologías, sin calabozos filosóficos, sin escuelas, sin complacencias estéticas, que obligan a seguir la dirección marcada en la carta de viaje, o que cargan a las palabras con un peso ajeno que termina por sepultarlas, ha podido llegar a esas zonas que están fuera del mapa y en las que la poesía se aparta de toda ley de gravedad para permanecer en un milagroso equilibrio de acción, conseguido en el lugar de choque de dos o más fuerzas contrarias, como sucede con los planetas, lugar donde se vencen las antinomias: la vida y la muerte, lo subjetivo y lo objetivo, el sueño y la vigilia, el conocimiento y el ser, la imaginación y el rigor.

Auténtico creador, Oliverio Gironde no sólo pone a prueba las fuerzas de los distintos planos de todas las realidades, el mundo de adentro y el de afuera, el fervor y lo cotidiano, la aceptación del hombre y su verdadera razón de ser, el yo frente al cero o al todo, la nada y Dios, sino que pone también en conflicto la expresión de estos conflictos. Convulsiones también, vivificándolo, el universo de las palabras. El lenguaje deja de ser un panteón de formas y sombras alusivas, un osario de rigideces, para convertirse casi en un cuerpo físico susceptible de todas las metamorfosis, los crecimientos, los nuevos parentescos, las creaciones de familias, las enfermedades, las

agonías, de que pueda gozar y padecer un ser vivo.

Hay prefijos que aumentan o disminuyen las zonas de alcance de un nombre, que le dan un pasado o un porvenir; hay verbos que se unen en la batalla de dos o tres acciones diferentes, otros que se paralizan; hay sustantivos atacados por caries, por persecuciones, por acromegalias, por claustrofobia, por afán de expansión; hay voces pasivas que hacen padecer; hay adjetivos asombrados de convocar una calidad recién nacida.

Esta serie de combinaciones, de asociaciones y correspondencias que aparecen "en la marmédula" como troteos de una victoria sobre la indigencia, la oposición o la pasividad de los medios de expresión, no constituyen en absoluto un juego gracioso, ni meramente onomatopéyico, no vanamente musical, sino que con un arma de integración mental y afectiva, de síntesis instantánea para evitar las fugas, de unidad hecho de la variedad de planos diferentes, de encadenamientos de elementos hasta entonces distintos en la conciencia y en la realidad ordinaria.

Estos abracadabras del lenguaje expresivo, nacidos de una desesperación de conquista y dominio, abren las puertas a percepciones muy particulares y a visiones casi inexpresable, que producen siempre una brusca iluminación.

La analogía —única lógica del poeta— desde Baudelaire, Mallarmé, Nerval, Proust y Michaux, y que se manifiesta por metáforas, por imágenes, por las relaciones del todo y las partes, como en las catedrales y las sinfonías, por la equivalencia de las sensaciones, por la correlación del macrocosmos y del microcosmos, logra en las condensaciones de Oliverio Gironde el grado de insólita armonía, de "tenebrosa y profunda unidad, vasta como la noche y como la claridad", de que nos habla Baudelaire en su "Soneto de las Correspondencias".

Con sus palabras de poder, desde la "Masmédula", Oliverio Gironde entra defendido en la penumbra que debe atravesar y ahondando

en los terrenos ocultos, combinando los vestigios del erotismo, el asco, la pureza, la soledad, la ternura, la muerte y la fatiga, levanta su poesía hasta un estado de privilegio pocas veces alcanzado en la poesía de habla castellana.

Pero su obra, desde sus libros anteriores, ha estado rodeada de un silencio inexplicable. Es que los poetas que crean nuevas leyes para el juego, los que rompen las convenciones llevando el riesgo mucho más lejos, han sido siempre mal mirados. Y Oliverio Girondo es entre nosotros el arcángel negro que irrumpe, avergonzado, en el momento de la repartición de premios; es el gran pájaro que ahuyenta con su sombra la asamblea de los gorriones; el voluntario que lleva la bomba o acerca la llama a la carga de dinamita; el que marchita con la llama sagrada los ramilletes de los juegos florales; el que tiene la marca sobre la frente; el que parece el embozado porque es el emisario de otro mundo. De ahí la sospecha y el silencio. ♦